



Cuando el diálogo es imposible, uno se muere, a sabiendas de que nadie va a llorar tu ausencia. Amar fue siempre una pasión inútil, porque descubres (tarde) que el objeto del deseo no está fuera, es parte de ti mismo, que proyectas compulsivamente sin que termines de localizarlo en algo, en alguien. Amor fue siempre una pasión inútil, porque jamás generó plusvalía. Cuando el diálogo es imposible, uno muere, sin dar la opción, sin que, al menos, alguien asuma (pueda asumir a tiempo) el riesgo de besarte. Otra forma de alimentar. Porque yo también muero de *hambre*, tú también mueres de *hambre*. Otra forma de conocer. Uno guarda un obligado (impuesto, a menudo) silencio como acto de rebeldía resistente, cuando las palabras se han convertido (ya, definitivamente) en una parodia de los sentimientos. *Siempre susurré a tus oídos las palabras del silencio* y fui selectivo al hacerlo, pero ni siquiera esas seductoras palabras te inmutaron. Por eso la lucha continúa, mi lucha. Por eso la resistencia sigue teniendo aún sentido. Mi resistencia. La *pasión dormida*, aletargada, es un recurso: simulamos no sentir para que no se nos obligue a hablar.